

Mariano Latorre

Elogio de Chiloé

II

PROYECCION DEL AYSEN



EN las primeras horas del alba embocamos el estuario del río Aysen.

Sobre los cerros, enfelpados de selva, se espaciaba un cielo alto y desteñido. El agua era, asimismo, descolorida y silenciosa. Recordaba un canal cualquiera de Chiloé, pero sin papales verdequeantes ni casas cuadradas, ni campanarios solitarios.

Vimos, de pronto, una casa a la orilla misma del agua. En un terreno, cercado de totoras, unas ovejas. Primer signo de la producción casi exclusiva de Aysen. Sobre la orla de selva, picos quebrados, cubiertos de espesa nieve, ligeramente sonrosados por la aurora, desgarrones rojizos del bosque, a causa de los derrumbes y donde aun se retorcían las raíces de los árboles derribados.

Era un paisaje anguloso y desolado, huraño y húmedo. No duró mucho ante nuestros ojos ávidos. Un río de nieblas blanquísimas que bajaba por el cajón hizo la noche en pleno amanecer. Los dedos de la neblina mojaban las cubiertas y rozaban nuestras caras con sus yemas heladas. Se metieron velozmente por los claros del bosque, se estacionaron en los gualves y vegas y el paisaje ceñudo apareció de nuevo.

La selva era baja y rala. No se advertía en ella la exuberancia de verdes jugosos de los bosques de Chiloé y Llanquihue.

Divisé unos vacunos de ancas puntiagudas y largos cuernos:

—Andan mucho, patrón, para estar gordos, me explicaba un colono chilote que iba en el barco.

Y pronto, antes de conocer el territorio, me dí cuenta que su única producción verdadera es la oveja y donde la cordillera quebrada y ruda toma contacto con la Patagonia.

Remolinos silenciosos, verdaderas arrugas del agua del estuario, corrían murmurando en espesas burbujas por los costados del vapor. Daba la impresión de una fuerza sorda, insidiosa, que se escondía bajo la aparente tranquilidad de esas aguas cordilleranas, dispuestas a rebelarse al menor asomo del viento o de las arenas arrastradas por las avalanchas.

Apareció el puerto en el fondo del estuario, en una especie de isla. Casas cuadradas, techos rojos que se diferencian muy poco de las casas de los puertos de Chiloé, y de los de la costa de Chacao. Un primitivo y rutinario molde arquitectónico, entregado al capricho del colono, salvo los edificios fiscales construídos hace poco, han acumulado estas casas y han creado estos pueblos todavía en la primera etapa de su vida económica, pero Aysen tiene una nota original y única, a causa de su formación reciente y de las características de su emigración.

Se repite, casi ante nuestros ojos, el pasado del sur de Chile, el de los pueblos de Chiloé, el de Puerto Montt y en ciertos aspectos el de magallanes mismo. Se anticipa como una lección experimental, lo que han de ser en el futuro los estuarios hermanos de la Cordillera: Comau, Riñihue, Yelmo, Palena, el cercano Cisnes, rival de Aysen y el estuario de Baker, al sur de Taitao.

La forma de los estuarios, la faja de selvas pantanosas y sobretodo las pampas, crespas de coirón y mullida de malli-

nes, más allá de las selvas, les aseguran el porvenir de la ovejería como a Aysen y Magallanes.

Comau y Palena tienen una mayor prosapia histórica. Por el primero, el padre Meléndez, un predicador y un viajero infatigable, en cuyo cerebro prendieron los mitos como en el de un huiliche, pasó en varias ocasiones hacia la mágica ciudad de los Césares.

Caso único de una ciudad que cambiaba a cada instante de situación geográfica, pues, a veces, se la suponía en la cordillera, más allá de la zona de las selvas, como elevaba sus campanarios de plata y hacía sonar sus campanas de oro en las islas Guaitecas. Más viva, naturalmente, en las leyendas isleñas y en el cerebro del misionero que en la realidad.

El mar austral ha penetrado en las bocas de las rías y las mareas han modelado bahías, carcomiendo flancos de cerros y el agua de las cordilleras, mezclada a la del mar, creó un clima propicio para los congrios y robalos que a su vez atrajeron a los caiquenes voraces, a los ruidosos quetros y a los chelletes de blanco y apacible vuelo.

Los canales del sur de Aysen forman una faja transitoria entre el paisaje cordillerano y la zona fría del extremo sur, en que el ventisquero y las selvas se unen al Océano. Allí, en la cintura que forma el istmo de Ofqui, en la Península de Taitao vi, por primera vez, un ventisquero que toca con la masa azul de sus bloques de hielo el agua del Océano.

No me fué dado contemplarlo en un día de sol. Al penetrar en el Río de los Témpanos aparecieron otra vez las nieblas, enemigas del sol y una llovizna pulverizada por el viento, rayaba de franjas opacas el paisaje. Y a través de la red fluctuante de la garúa, apareció el hosco borrón de la selva como un muro deshecho por el viento y por la lluvia. Era, sin embargo, un milagro de vitalidad este pequeño mundo de troncos verdinosos y de ramas esqueléticas, cuyas raíces se aferraban al humus lodoso, carcomido incesantemente por el mordisco de

las mareas. A pesar de todo, se oían en la tétrica bóveda de los árboles sin savia, chirridos de pájaros, insinuaciones de trinos y hasta la húmeda carcajada de los chucaos. Y en el fondo, el ventisquero. Cascada que se hubiera congelado de pronto, acallando el rumor de las aguas despeñadas, parecía el hielo azuloso, descansando en las frías aguas. Sin embargo, vida potente corría bajo los bloques azul grises como lo atestiguaban los témpanos, amontonados en el lago de San Rafael.

Los había de todas formas y tamaños. Algunos, monstruosos como cerros blancos, de picos agudos y azules cavernas. Otros eran alargados y deformes como monstruos del mar. Muchos pequeños, especie de cubos de hielo o embarcaciones toscas de indios o simplemente como lobos marinos o nutrias albinas.

Flotaban indecisos en las aguas movidas por el viento. A ratos, se producían formidables choques que los partían en dos o se daban vuelta, mostrando superficies lisas y opacas y el hielo pulverizado saltaba como un chorro de niebla que se fraguase instantáneamente. Muchos se perdían bajo el agua, ya casi deshechos como si fuesen porosos terrones de azúcar. La creciente los empujaba hacia su cuna de hielo, los hacía chocar entre sí furiosamente, pero la vaciante los alineaba como si fueran una disciplinada flota de fantasmas y desfilaran, tripulados por gaviotas y por pingüinos, mar afuera, a fundirse en el vasto Océano, apenas un poco de sol se colaba a través de las nubes o de las neblinas.

Bosque y agua, bosque y ventisquero, bosque y pampa, nutrida de coironales, suavizada de mallines e hirviente de ovejas de crespos vellones, Aysen es como un prólogo del extremo sur, la puerta de Magallanes y Tierra del Fuego.

Tiene Aysen su pasado heroico que recuerda al Far West y al Canadá. Si hay una emigración original, por la manera de infiltrarse en la región cuando ya la Compañía industrial había abierto una ruta en la selva y establecido una factoría en el

fondo del estuario es la de Aysen. No fueron presidarios, como en Magallanes, sus primeros pobladores, sobre todo los que se establecieron en el límite argentino, a las márgenes del lago Buenos Aires y en el valle de Simpson.

La mayor parte de los actuales pobladores entraron por el paso de Lonquimay a Argentina, donde fueron puesteros, arrieros y esquiladores de las estancias del Neuquén, Río Negro y Chubut.

Se fueron corriendo poco a poco hacia el Sur, hasta penetrar a Chile por el valle que forman el Coyhaique y el Simpson. No eran hombres de muchos escrúpulos. Así los moldeó el azar. Fueron aventureros que practicaron el contrabando, medio cuatrerros y medio agricultores, pero, al mismo tiempo, fundadores de pueblos. Balmaceda y Baquedano son sus hijos.

Aparece en pleno siglo XX la figura recia de José A. Silva, arriero, puestero, esquilador y correo en época posterior, entre Argentina y Chile, desde el interior hasta el estuario de Aysen. Hizo su servicio militar en Temuco y cuando los colonos establecidos en el Lago Buenos Aires vieron peligrar el dominio de sus hijuelas por la ambición insaciable de los latifundistas de Magallanes, que descaban tener bajo su control económico toda la ganadería del Sur de Chile y lógicamente las tierras mejores, Silva abandonó su empleo, los organizó militarmente, se proclamó su generalísimo y los defendió, aprovechando el quebrado terreno como un verdadero estratega, hasta conseguir la victoria, una de las pocas en que los ocupantes lograron conservar sus tierras y salvar sus mejoras.

Tenía Silva una exaltación de iluminado, con algo de poeta y de pionero. Su gloria real es la pequeña aldea de Balmaceda en la frontera Argentina.

Al tomársele preso en Comodoro Rivadavia, como perturbador del orden, desde su calabozo logró hacer llegar a los colonos del lago Buenos Aires esta curiosa arenga, donde se mezclan sus altiveces de jefe y su exaltación poética, moldeada

en el ritmo de la canción nacional. Algo de fanfarria democrata, de descontento de viejo chileno patriota.

AL PUEBLO:

De mi prisión a la tierra hay una gran distancia. Lucha el pueblo por ser libre. Soy yo su jefe arrogante. La tierra acaparada y yo su defensor, prisionero. ¡Pueblo! Distribuyendo la tierra, ya no verás tantos limosneros. ¡Qué me importan a mí las penas y doblada tener la cerviz! ¡Qué me importan que esté prisionero, si me espera un futuro feliz! Si de mí las penas se ahuyentan en gratísimo y blando solaz. Con la tierra mis males se ausentan, de la dicha me encuentro capaz.

Yo, Silva y el gran terrateniente, nos chocamos con gran altivez.

¡Ah, Pueblo! No mires la sombra. Sólo mira que la tierra tuya es.

Dejo al pueblo otra vez y no me tengan por exigente. Que antorcha que yo encendí no la apagan terratenientes.

Por la costa, pasaban también, a las estancias argentinas, los chilotes que iban a las esquilas anuales. Desembarcaban en Aysen, entonces un grupo de cuatro casas, atravesaban los bosques en sus caballos e iban a la pampa.

Reinaba en esos valles, aislados del mundo, la ley de la selva. En su mayor parte, los chilotes dejaban sus caballos abandonados en los caminos. Algunos se alzaban y huían de los hombres, pero muchos andorreaban en las cercanías de los senderos, como si buscasen a sus amos.

El que lo necesitaba podía ensillarlos y servirse de ellos. Se llamaban caballos *patrias*, según la expresión argentina, es decir, de todos. En esta vida elemental, lejos de toda civilización, se practicaba una especie de comunismo integral que desvió el sentido moral, a veces en forma trágica. Especial-

mente desde el punto de vista sexual. Son innumerables los dramas anónimos en la soledad de la selva.

Si algún colono tenía una mujer joven, debía defenderla con el arma al brazo, como a su propia vida. Si era una hija, mil ojos la veían crecer y la espiaban día a día y año a año. Esos hombres, convertidos en salvajes, se la disputaban a tiros sin consultar la voluntad del padre o de ella misma. La consideraban como a los *caballos patrias*, como a la tierra donde se habían establecido, como a los árboles que sus hachas derribaban cuando querían, un *bien común*.

Hoy, la vida civilizada ha borrado al Aysen heroico. Dos mil habitantes viven en el puerto. Otras aldeas han nacido en el interior. Un camino de auto orilla el río Aysen y la selva tupida, enmarañada de quilas y de boquis, es sólo un esqueleto de árboles cenicientos, cuyas ramas inútilmente demandan piedad a los que pasan.

De esos árboles se hicieron las casas y se trabaron las cercas y tranqueras, primer signo de que la propiedad reemplazaba a la tierra de todos.

LOS ALACALUFES

El Golfo de Penas es como un valle lleno de aguas tumultuosas que separa las islas Guaitecas y Chonos de los archipiélagos magallánicos y de Tierra del Fuego.

Es un receptáculo de mareas enloquecidas, cadena de olas en cuyos vientres salobres van los peces, enredados en la espuma y tras ellos las gaviotas, los albatros carniceros y las pardelas vestidas de gris, en loca fiebre pescadora.

Esta enorme masa de agua rompe su ímpetu al penetrar al canal Messier, sin perder la velocidad de su impulso.

Es un paisaje agónico. Rocas informes, con los crispamientos pétreos de las escorias y con veteaduras rojas y azules, hunden sus cimientos en el mar.

La roca está muerta, pero, en cambio, el mar vive y atruena a sus pies, enredando las aceitosas cabelleras de huiros y cochayuyos, punteados de caracoles blanquecinos.

La densidad oleosa de las aguas se obscurece, a ratos, con el cuerpo mojado de los lobos y constantemente el pez volador, la golondrina de mar, termina su vuelo en la cubierta misma de los vapores que cruzan el golfo.

Me cuenta un piloto que en una noche tormentosa, atravesando el golfo, fué tal el número de peces voladores que cayeron sobre la cubierta, atraídos quizá por las luces del barco, que hubo necesidad de barrerlos con pala, como desperdicios.

Al finalizar el canal Messier, antes de cruzar la Angostura Inglesa, se desparraman unos islotes donde apunta, otra vez, la vegetación. Allí viven los últimos alacalufes, *indios en canoas*, según su etimología indígena.

Paisaje espectral, de plata oxidada. Densas neblinas que semejan témpanos, témpanos que semejan nieblas endurecidas.

Los ventisqueros tienden sus escalas de hielo hacia el mar. Un cerro, a la distancia, arropado en nubes heladas, parece el señor del blanco paisaje.

Y de pronto, unas voces agrias como gritos de pájaros marinos, en el seno de la niebla:

—¡Cueri, Cueri!, Cueri!

Vemos unas piraguas, borrones de sombra en la niebla blanca, que se aproxima a la escala del vapor. Un hombre de piernas cortas, extrañamente cortas, ha subido con una agilidad rara al barco. De cerca, pensé en un marinero que se hubiera vestido de payaso para entrenar a los pasajeros. Un chaquet cubre sus hombros. El vientre hinchado da visos como un charol lustroso. Es el aceite de lobo que lo barniza entero. Y un tarro de pelo se hunde en la tiesa pelambre de su cabeza. Sus pequeñas piernas, grotescamente cortas y las plantas abiertas de sus pies, semejan las de un alcatraz o pingüino, parado en una roca.

Con gestos extraños, con medias palabras, ha señalado las pieles de lobo, los suaves cueros de nutria y con medias palabras y gestos extraños, del buque se han arrojado junto a ellos panes, papas, trozos de carne y ropas usadas.

El trueque está hecho. Los panes, las ropas, los trozos de carne vuelan sobre la borda al fondo de la canoa donde unas mujeres casi desnudas los ocultan precipitadamente, como monos que escondiesen una baratija robada.

¿Qué trágico destino los arrinconó en estos islotes, bloqueados por los ventisqueros y eternamente azotados por las olas?

Fueron, según los etnólogos, los que habitaron las Guaitecas y Chonos y arrojados por sus enemigos, los payanos, a estas tierras inhospitalarias.

Apoyado en la borda los miro alejarse, al rápido compás de los remos que parten el agua gris. En la niebla creo oír su grito selvático:

—¡Cueri, Cueri!, Cueri!

Avanza el barco entre el laberinto de las islas. Recuerdo los canales de las Guaitecas, pero los árboles que cubren lomas y vallecitos son más pequeños y menos abundantes.

Las ramas de algunos de ellos se extienden hacia el S. O. incorporando en sus puntas desnudas la fuerza de los vientos que los torturaron sin piedad.

En una de las islas se divisa el cono oscuro de una ruca alacalufe. No hay movimiento alguno en ella. Habrán divisado ya el humo del barco y se deslizarán por el agua para salir a nuestro encuentro. Luego, resonará su agónico:—¡Cueri, Cueri!, Cueri!

El buque es, para ellos, el misterio, la visión de un mundo superior que nunca conocerán. Y la civilización les arroja, a cambio de las valiosas pieles, sólo las migajas de su poderío.

PROYECCION DE MAGALLANES

Entramos una mañana gris al estrecho de Magallanes. Nieblas grises encapotan el horizonte. Gris es el tono del agua convulsionada y grises los perfiles lejanos de Tierra del Fuego y de la Isla Dawson. Gris el vuelo de los albatros y de las palomas del Cabo, y gris el humo del vapor, casi paralelo a la recta del casco.

Y pienso que es, también gris, la violencia huracanada del viento invisible que no despeina, sin embargo, las nieves eternas ni las nieblas, aferradas a las Cordilleras. Sólo se exterioriza en las locas volutas de humo del vapor, en la crespatura desordenada de las aguas y en el temblor constante con que las portezuelas de los camarotes juegan sobre sus goznes.

A veces, el sesgado vuelo de un albatros, que semeja arrastrado por el viento, denota su presencia en el lienzo gris del horizonte. Veo repetirse el panorama de los archipiélagos de Chiloé.

Cielo inmenso, casi congelado, sin tumultos de nubes. Canales que pasan entre muros negros de selva. Perfiles lejanos de islas, donde platea la nieve azulosa de los glaciares; pero la soledad se ha enseñoreado del bravío paisaje. Y la nota gris de las nieblas y la plata oscura de las nieves, es el preludio del Polo.

Al desembarcar en Punta Arenas, advertimos la presencia omnipotente del vendaval. Es el sur oeste, la suestada de los puntanerenses, dueño absoluto de la tierra, del aire y del mar por varios días.

En los hielos polares lo veo nacer como un blanco fantasma del frío. Me lo imagino rugiente y desbocado, sin que la muerta llanura congelada se oponga a su paso, pero al llegar a las densas aguas del mar antártico, encuentra su primera resistencia.

Contagiados por su vértigo destructor, se desplazan en gigantescas olas que atraviesan islotes en un prodigioso arco de espuma y van a deshacerse, vencidas, en los filos del Cabo de Hornos.

Contra él nada puede el Padre Sol, pues su fuerza cósmica arrastra consigo el calor y la luz y los edificios modernos, todo un temblor de vidrios y de puertas y el paisaje agobiado de las pampas, se ahogan en una polvareda descolorida y helada.

Alza de los caminos y potreros torbellinos de polvo, que enrolla su fantásticos remolinos y los arroja otra vez sobre la tierra o los lanza en forma de nubes rojizas hacia el aire.

Arranca de la tierra piedras y techos de casas, del cielo aterido y lejano, alas y nubes.

Sólo las ovejas resisten su asalto furioso, sin moverse de sus potreros alambrados. Se erizan sus lanas ensortijadas como un mar alborotado, pero, metidas las cabezas en sus tibios vellones, improvisan un solo organismo gigantesco, donde quiebra su potencia el hijo del polo y sigue adelante, hacia la selva que en apretadas filas espera el choque de su enemigo secular.

Las pequeñas y frágiles patitas de las ovejas son, entonces, como raíces de viejos árboles que vencieran al viento y a la niebla durante siglos.

Como el pasto aplastado contra la tierra, la oveja es algo vegetal e indestructible, casi la colina misma donde vive.

Magallanes, ciudad moderna, es muy reciente. Puede decirse que el desierto deja de serlo desde el instante en que al gobernador Dublé Almeyda se le ocurrió traer las ovejas de las Malvinas a la Patagonia y las aclimató en las pampas.

El pasado de Magallanes es trágico y pintoresco. El capitán Sarmiento de Gamboa, que debiera tener como Hernando de Magallanes una estatua en Punta Arenas, llena la historia colonial del extremo sur con su primer intento de fundación.

Avellanado y flaco, todo fuerza interior, su rostro donde fulguran dos pupilas de místico, recuerda el de San Ignacio de Loyola.

Su intento primero es cortar el camino al corsario Drake. Lo apoya el virrey del Perú, don Francisco de Toledo. No consigue su objeto. Entre nieblas y olas se le escapan las ágiles velas del pirata, pero su elocuencia, poco después, convence a Felipe VI y la expedición, a pesar de los naufragios y motines, desembarca en la costa noroeste del Estrecho. Se funda ahí la primera colonia.

La población no prospera. La combaten el viento y la nieve. La sostiene el ánimo sobrehumano de su capitán. Los víveres se agotan y no bastan para alimentar a los colonos, las frutas de los calafates, la *uva de espino*, como la llama Sarmiento de Gamboa ni los peces del estrecho y las manadas de guanacos, que habrían sido la salvación, desaparecen en una nube de polvo al menor ruido que turbe el silencio de las estepas.

El horizonte anuncia otro peligro, superior al viento y a la nieve: las lanzas de los tehuelches, en constante vigilancia tras la curva de las colinas o entre los árboles de la selva.

Agonizaban, hambrientos y helados, cuando los encontró Cavendish y los embarcó en sus naves. Y al hablar de San Felipe en su diario, el marino inglés lo bautizó Port Famine, Puerto del Hambre.

Y pasan siglos. Los veleros inseguros de los siglos XVII y XVIII preferían dar la vuelta por el Cabo de Hornos, a aventurarse en los canales, cruzados por vientos contrarios y corrientes insidiosas.

Pero un día del año 1843, una goleta, de esas que brotan como árboles en las playas chilotas, al mando del marino Inglés Juan Guillemos (traducción castellana de Williams) tomó posesión del Estrecho en nombre del Gobierno de Chile. No es sino un fuerte. Fuerte Bulnes, en memoria del Presidente

de Chile que patrocinó la expedición. Una empalizada tosca lo rodea y a modo de defensa, parapetos de tierra apisonada.

En el interior, unas barracas de tablas tingladas son el cuartel y la casa del gobernador. Más allá, en un bajo, algunos ranchos, semejantes a los de Chiloé, para los colonos y para los presidiarios, convertidos en colonos.

En señal de posesión don Juan Guillelmos rompió en la muralla del fuerte una botella de vino chileno. He ahí el primer alcohol derramado en la tierra del viento y la nieve, antecesora del guachacay, que matará indios y se cambiará por las pepitas de oro de los mineros y las pieles de los cazadores de lobos.

Gimen de dolor los huesos, explica en su lenguaje duro de soldado el Gobernador Mardones, al pedir a las autoridades santiaguinas el traslado de la población a un lugar más propicio, donde haya agua y la tierra no sea un pantano insalubre.

A orillas del río Carbón, hoy de las Minas, se funda el primer pueblo. *Negros turbales, piedras que echadas al fuego arden como aceite mucho tiempo*, según Sarmiento de Gamboa, hay en esa región, la misma que visitó John Byron, y llamó en inglés *Sandy Point*, Punta arenosa. Punta Arenas, en su adaptación castellana.

Por mar y tierra trasladan los confinados y habitantes sus enseres y las tablas aprovechables de sus antiguos ranchos. Por madera no hay que inquietarse. La selva raya el horizonte con su cerrado muro negro.

Es, naturalmente, una guarnición. Un toque de corneta regula la vida del presidio. El comercio de pieles de guanaco y de zorros con los indios tehuelches, los patagones de Hernando de Magallanes, se hace solemnemente, por medio de desfiles y bandas militares que van a esperar a los caciques a la estepa.

Soldados y presidarios duermen su cansancio en las frías barracas, estremecidas por el sur oeste o aplastadas por las nevazones. El resentimiento germina en sus cerebros primitivos. Ese viento hostil e implacable enfría sus sentimientos y endurece sus rostros. El instinto queda al desnudo como las ramas contorsionadas de los árboles. Entonces y ahora, porque el viento, en el presidiario y en el soldado y en los aventureros, españoles o austríacos, ingleses o yugoeslavos, arrancó los buenos instintos, y despertó, en cambio, la crueldad y la codicia.

Y así me explico la vesania de ese loco trágico, Cambiaso, que asesina por el placer de asesinar, de sentirse dueño absoluto de cuerpos y de almas y la aventura de esos artilleros borrachos, sublevados contra la energía del gobernador Dublé Almeyda.

Y luego la oveja, principio y fin de la economía del territorio, vida y muerte de las pampas. Ese animalito inofensivo y gregario, encontró en las estepas su patria verdadera. Los valles y las colinas, donde los coirones enredan sus ásperos matojos, son trillados por sus pezuñas incansables y mordidos por sus hociquillos siempre hambrientos. Son tantas, que semejan nubes posadas en la tierra o la tierra misma que se animara milagrosamente y echase una prodigiosa floración de vellones. La oveja convirtió al presidio en ciudad, a la estepa en campo productivo y al colono en ovejero.

El chilote, empleado en las estancias o el galense o austríaco (bajo este nombre se incluyen yugoeslavos y dálmatas) que cuidan los rebaños en las pampas, hoy limitadas por alambres, crearon el tipo del puestero o del ovejero que, a caballo o con sus perros pastores, recorren el campo a toda hora.

Arrean los rebaños hacia los frigoríficos o los cuidan en las nevazones, levantando las ovejas que no pueden moverse por el peso de su lana y que serían víctimas de los caranchos y de los cóndores que vigilan desde el aire.

El ovejero, bien envuelto en su poncho y con su cara cubierta por orejeras de lana de guanaco, es como un viento propicio que mueve el oleaje de lanas entumidas en las nevadas, para que no se hielan o para defenderlas, en ocasiones, de los perros salvajes, ya que no de los indios, especies de bandidos de la raza canina que, abandonando el salario del perro pastor, se han echado al campo, adaptando miméticamente el color pardo de la tierra patagónica.

De chilotes, venidos de sus islas, se han formado, también, los esquiladores y velloneros y los obreros de los frigoríficos. La masa popular de Punta Arenas, Natales y Porvenir la constituyen los isleños. Sin ellos, habría sido difícil el progreso de la ganadería y de sus industrias anexas. El chilote es un obrero humilde y barato.

Al emigrar y establecerse con su familia en Magallanes o Tierra del Fuego, no hizo sino cambiar de amo y de explotador, pues al encomendero español de las islas, sucedió el estanciero magallánico, ávido de tierra y de poderío.

Existe el ovejero con salario mensual, ocupado en las estancias y el obrero de los frigoríficos o graserías, pero el latifundista magallánico que acopia fantásticos capitales no ha resuelto el problema del obrero nómada, el chilote que, en la tercera de los vapores de las compañías navieras de Magallanes va todos los años a las faenas de la esquila.

Muchos de ellos vuelven a su isla nativa, pero otros quedan cesantes durante los meses más crudos del invierno.

Es una muchedumbre de hambrientos haraposos que, a pie o en burros de su propiedad, va en busca de carne o de un puñado de pasto para su bestia a las casas de las ricas estancias, donde no puede alojar más de un día.

En las estepas transidas de frío o bajo el pesado manto de la nevazón, esos parias caminan y caminan y para los estancieros son menos que los caballos abrigados en sus pesebreras o que los perros, bien alimentados por sus amos.

Sus cuerpos tiritan bajo los ponchos raídos, el frío se cuele por los pies helados; pero adentro, ahí donde el corazón es una milagrosa brasa encendida, se van incubando sueños de odio y de rencor, algo que está por encima de la familia y de la patria.

Pero no sólo estos obreros agrícolas o técnicos constituyen la base de la población de Magallanes.

En las rocas, azotadas por el mar, en el reposo de los senos y bahías, viven enormes colonias de lobos marinos y de huillines y chugungos.

El ventisquero azulea junto a la mancha verdinegra de la selva intocada. Los témpanos se deslizan junto a los troncos de los árboles, arrojados por las crecidas de los ríos. Así la nieve se conecta en el mar con la selva virgen.

Durante años, unos hombres arrojados, llenos de coraje, chilotes resistentes, nortinos agresivos, ingleses y españoles, desertores y aventureros, se dedicaron a la caza de estos animales, a las palizas, como ellos dicen y cuyas pieles se vendían a subidos precios en Punta Arenas.

Una balandra o cutter velero, una goleta chilota de velas de cuchillo o con un motor auxiliar, los llevaba hasta las loberías inaccesibles. Por las rocas, cubiertas de algas marinas, ascendían estos hombres armados de pequeños palos de maderas duras, a cortar el paso de los grandes lobos de cerdosas melenas de leones o de las lobas de largos colmillos, que defendían sus pequeños *popos* de la ambición humana, a *trancar la lobada*, según la expresión de los loberos.

La sangre corría por las piedras, mezclada a la espuma de las olas. Entre bramidos salvajes y chillidos infantiles, agonizaban lobos y lobeznos y en lo alto, excitados por la matanza, entrecruzaban sus vuelos, en arcos violentos, los albatros de puntiagudas alas y las gritonas gaviotas de rapiña.

Muchos dramas terminaron, en la soledad de las loberías con lobos y con hombres. Y algún albatros, siguiendo su cos-

tumbre rapaz, arrancó con su corvo pico los ojos del lobero herido en las rocas o medio ahogado entre las olas.

Pero con frecuencia los cutters y goletas, repletas sus bodegas de pieles de lobos y de nutrias, llegaban a Punta Arenas y hasta una de las más grandes fortunas de Magallanes tuvo su origen en estas palizas sangrientas de las loberías.

Junto al lobero es preciso colocar al buscador de oro.

A veces, era el mismo lobero el que aprovechaba el viaje para lavar oro en los ríos de la costa fueguina. La aventura del buscador de oro se hacía tan arriesgada como la del lobero, en las cercanías de Porvenir o en otras playas de Tierra del Fuego, pues los ventarrones, cuajados de partículas de hielo y de tierra y las nevadas espesas, eran enemigos más temibles que el lobo o que los indios onas, en eterno merodeo junto a los campamentos.

Los buscadores de oro en la California de 1851, encontraron un clima benigno y un país de exuberante producción agrícola.

La aventura del oro fueguino recuerda, más bien, a la Alaska auriblanca de Jack London, con sus ríos congelados, el estruendo de los aludes y el impasible esqueleto de la selva, amortajado de harapos de nieve.

Aventuras de increíble superación humana, oro vendido por esos hombres niños en los mostradores de los boliches, pepitas que brillan en la cara morena de las chailas, cambiadas por vasos de guachacay, horrendos crímenes provocados por la codicia. Toda una epopeya anónima que deslumbró por su heroísmo y por su sordidez.

Pieles y oro, naufragios y muerte, ambición y sangre. El esfuerzo humano que intenta crear la vida en el desierto. Miles de hombres caídos, para que subsistan unos pocos.

La riqueza de Punta Arenas la ha de mirar siempre el obrero y el de abajo con un sordo rencor, porque no está cimentada en el esfuerzo heroico sino en la explotación y en la sangre.

El aventurero próspero, el actual latifundista magallánico, ahogó en riqueza su pasado negro, y extraña compensación del azar, adquiere relieve y pasa a ser legendario el aventurero que no logró estabilizarse en miles de leguas de campo y poseer incontables rebaños de ovejas.

Tal es el caso de aquel rumano, Julio Popper, el Sutter de Tierra del Fuego. Era un hombre culto. Ingeniero de minas o por lo menos muy entendido en lavaderos de oro. Formó un verdadero ejército de aventureros, montados en buenos caballos, con abundantes víveres y armas de fuego. Con ellos desembarcó en Río del Oro (Tierra del Fuego) y se apoderó de los campos auríferos.

Los buscadores de oro que ya estaban allí o se fueron perseguidos por el audaz aventurero o tuvieron que pagarle tributo de su oro lavado si no querían perderlo todo. Había en él cierto sentido político. Quería fundar pueblos y hasta selló moneda de oro con su nombre e hizo imprimir estampillas que circularon en Punta Arenas como si se tratase de un nuevo país, de su absoluta pertenencia.

Los terratenientes del territorio lo persiguieron, celosos de esta figura audaz que amenazaba el predominio de sus explotaciones y leguas de campo. Hombre de encendida palabra y aún de ciertas condiciones literarias, escribió artículos en los diarios de Buenos Aires y dictó conferencias en las que él aparecía como un pioner y sus cacerías de indios como batallas de la civilización contra la barbarie.

Existe en el sur lejano, otro tipo, moldeado por la vida marítima, por los vendavales y *tide rips* o corrientes traicioneras, que hicieron tan complicada la navegación, sobre todo de los veleros, en los canales del sur.

Es el *raquero*, castellanización de la palabra inglesa *wreck* que significa naufragio. Hay un chilenismo (verbo) *raquear* y hasta un sustantivo *raque*.

Los dueños de goletas loberas y aún Compañías organi-

zadas, se han dedicado a este pingüe negocio de salvar la carga de los buques náufragos y a veces del desguazamiento de sus cascos abandonados.

En las rocas del Estrecho, en las solitarias playas del Canal de Beagle, en el propio Cabo de Hornos, el casco tumbado de un velero con su arboladura quebrada o el de un vapor encaramado en las rocas o medio tumbado en la arena, era casi una nota indispensable en el paisaje austral.

Buzos, marinos, cazadores de lobos y balleneros, tan abundantes hace algunos años en Punta Arenas y en los puertos del sur de Chile, especie de piratas o contrabandistas de guachacay, legalizaron esta *piratería del raque*, vieja en Inglaterra y en Suecia y Noruega y en todos los paisajes de intensa vida marítima. Parajes solitarios, en que la canoa del Yagán y olas, lobos y pájaros del mar, eran la única manifestación de vida, se animaron con las maniobras del salvataje y con las voces de mando de los capitanes.

La colonización magallánica es una epopeya rica de episodios heroicos, desarrollados en un grandioso escenario. Sin embargo, no tiene casi interpretación literaria. Abundan, como es natural, las monografías, los estudios económicos e hidrográficos y los informes incoloros de los gobernadores, más que funcionarios reales, maniqués de la política triunfante.

Armando Braun Menéndez, hijo de Punta Arenas, ha publicado algunos libros (*El Motín de los Artilleros*, *Pequeña historia patagónica*, etc.) que interpretan el pasado de Punta Arenas en estilo sencillo y conmovedor, de gran eficacia evocadora.

Es el cronista de Magallanes.

Otro escritor, también nacido en el extremo sur, Francisco Coloane, ha interpretado la vida peligrosa de los loberos y pastores de las estancias en algunos cuadros. (*Coruro*, *Lobo de un pelo*, *El vellonero*, etc.) de auténtico colorido e intensa emoción dramática.

Es el novelista del Sur.

Juan Marín ha intentado igualmente una visión de Magallanes en «Paralelo 53 Sur».

Técnica hábil, estilo fácil, pero el soplo de tragedia de la colonización magallánica y su decoración época, no apuntan en esas páginas amables e inteligentes.

Magallanes entra a una nueva faz de su evolución. Los chilenos crearon, en realidad, su riqueza. Inútil negar su esfuerzo en la colonización. Sin ellos, las estancias no tendrían ovejeros y esquiladores; los frigoríficos y graserías, obreros competentes.

Y sin embargo, estos hombres no han prosperado y ni siquiera ganan salarios para vivir con holgura. No es culpa de ellos. La distribución de los campos estaba viciada, desde los comienzos de la colonización, por los negociados fiscales y las influencias políticas. Por sumas miserables fueron cedidas las tierras a un grupo de ganaderos, algunos de los cuales, unidos en sociedades explotadoras, han llegado a reunir dos millones de hectáreas en el continente y en las islas.

Palacios presuntuosos, chalets de costosa arquitectura, son hoy los ranchos de la aldea de 1847; las goletas y cutters, vapores lujosos y modernos y el aventurero analfabeto, un gran señor que vive en Europa, en Buenos Aires o Santiago e influye en la política y compra honores y figuración social y hasta altos empleados de la Administración.

No ha transcurrido un siglo, sin embargo, las primeras ovejas de las Malvinas no pudieron resistir el frío de un invierno austral y perecieron casi todas. Hoy, tres millones blanquean la morena redondez de las colinas patagónicas. Olas de lana apretada llenan las bodegas de los vapores europeos y abiertas en canal, sangran colgadas de ganchos, en las cámaras refrigeradoras, miles de ovejas.

La tierra que Darwin calificó de maldita, la ondulación de colinas y valles del lugar de las candeladas o fogatas noc-

turnas que la dieron su nombre, se ha convertido en una reserva de incalculables riquezas potencial, no sólo para Chile sino para el mundo entero. La mirada de los países imperialistas hace tiempo que se ha fijado en el lejano sur chileno.

El bravío paisaje que Darwin pintó con trazos sombríos y que amaron Foulkner y Hudson, se ha borrado casi, sobre todo en su vida primitiva.

El tehuelche, arrogante y belicoso, es un meztiso, conquistado por la civilización y convertido en gaucho o arriero de ovejas y vacunos.

Los guanacos que andorreaban libres en las estepas pastosas, tropiezan en cada una de sus emigraciones con nuevas alambradas que limitan los campos y los empujan a los más apartados valles cordilleranos. Muchos han muerto al pie de las cercas, en la trágica carrera del hambre o sometidos ya, como los indios, viven en amigable compañía con las caballadas y los rebaños de ovejas, pero menos felices que sus amigos, los patagones, ni siquiera han dejado en otras especies la huella de su raza en agonía. Y con ellos las bestias, los pumas plateados de que hablaba Foulkner en su viaje y los zorros de endido pelaje, enormes como lobos de Siberia, desalojados de sus dominios y convertidos sus últimos ejemplares, en moradores astutos de todos los montes y potreros de Patagonia y Tierra del fuego.

Bajo la parda superficie del valle o de la loma, en galerías complicadas, persiste el coruro blanquinegro, reserva alimenticia de los onas en los largos inviernos australes y aun arriban en la época propicia, cuando el pasto madura en la tierra negra, las ruidosas bandadas de caiquenes que se dejan caer sobre ella y la arrasan con la voracidad de sus chatos y de sus vientres insaciables.

Es el estío del extremo sur. Una fulguración rápida de vida. Un vértigo fugaz de colores y de ruidos.

Sobre los montes azules que recortan el enorme cielo líquido, tal un zócalo del horizonte, el Monte Sarmiento levanta su cabeza tridentada, de centelleante nieve y allí mismo donde la pirámide de hielo termina, se encrespa la maraña sombría de la selva.

Es gigantesca la selva magallánica. Los árboles se yerguen unos al lado de otros como para defenderse del viento y de la nieve, pero es hosca e inaccesible. Una patina cenicienta cubre los troncos como si la escarcha hubiera dejado en ellos su huella.

El subsuelo es un pantano negro, una sabana de lodo brillante, donde se disuelve la hojarasca y la macidez de los troncos, convertidos en polvo, traspasado de humedad, aunque en el verano densos pastinales de oro rodeen los troncos como una marea inmóvil.

El coigüe, de alto fuste, destaca la gracia de su ramaje, delicado como el de un helecho gigantesco. Le da su fisonomía a la selva del extremo sur. Se cuaja de púrpura oscura el nontro o ciruelillo de veteadas fibras. Brillan al sol las hojas metálicas de los canelos sagrados y de las leñas duras y en las cercanías de las selvas, los calafates, los mismos de Chiloé y de la costa de Chacao, cubren las hondonadas y colinas con sus ásperas ramas espinudas, entre las cuales se cuajan bayas de un negro azuloso, *la uva de espino de Sarmiento de Gamboa*.

Y como una posesión de la selva por el espíritu del bosque de Chile, el copihuelo, especie de copihue pequeño, esparce la sangre clara de sus racimos apretados, en las densas aglomeraciones de hojas y de ramas; pero en los árboles que montan guardia a la orilla del bosque, el sur oeste, la suestada polar como un escultor loco, ha inclinado los troncos y ha desviado las ramas, llenas de nudos leñosos, blanqueadas por el hielo y el viento, sin hojas por encima, torcidas en inimaginables actitudes de tortura.

En las breves siestas estivales, las únicas siestas del país

del viento y de la nieve, la luz se cuele a través de la red temblorosa de los follajes y entonces una orgía de vapores luminosos y de trinos musicales, anima la soledad de las umbrías y de los matorrales inmóviles.

Los pájaros de Chile, los zorzales y los tordos, en aventuras colonizadoras, pican bayas de calafates o murtillos silvestres y como un reñazo de sol estival, el jilguero fueguino vuela entre las hojas con la gloria de un gorjeo en la garganta ebria.

Las flores de los gigantes de la selva se abren como pequeñas bocas ávidas y sensuales. Las hojas crujen, hinchadas de savia.

Es la fiesta del minúsculo *chirre*, una molécula de plumas oscuras y un puñado de trinos veloces, que chupa la sangre varonil del honrado coigüe o del canelo presuntuoso, hecha néctar en la estrella mínima de sus flores. El diminuto picaflor, especie de campanilla de alarma de las altas copas, persiste en la selva sureña hasta las primeras nevazones, cuando ya los otros pájaros han huído en busca de rincones más abrigados. Y a muchos, una nevazón más intensa los sorprende y sus cuerpecitos nerviosos, caídos de lo alto como pequeños frutos helados, escriben en la muda blancura de los calveros, la frase balbuceante de su tragedia minúscula.

En las salvajes escolleras de las costas, en las escotaduras de las playas, los pingüinos reales se amontonan como indias que se aprestan a devorar la ballena varada inesperadamente en la arena. Sus blancas pechugas de raso decoran la árida desnudez de las rocas y sus graznidos, que semejan ladridos de perros rabiosos, vencen, por su continuidad, al rumor de las olas y a los bramidos de los lobos que se aman entre espumas y algas marinas.

En la quietud de las bahías, pescan los quetros, cuyas patas levantan arcos de espuma como una diminuta hélice y rasando las aguas, pasa el albatros, cóndor del mar, con sus alas lentas, agudas y flexibles lanzas, pintadas de negro.

De pronto, un trueno lejano tabletea en el horizonte. Es un alud que se desploma en una nube de polvo blanquecino. Las aguas se inflan al recibir el hielo y los témpanos se acomodan en el mar, en espera de la marea que los llevará en blanca peregrinación hacia el Pacífico.

¡Fugaz esplendor del estío austral!

El otoño casi no existe, con su música de hojas secas y sus luces purpúreas, en Magallanes. Es casi un prelude del invierno. Sólo el silencio de los trinos, la ausencia de vuelos en las frondas, lo fijan un instante.

Y el letargo del prolongado invierno, la sucesión callada de las nevazones, ocultarán la tierra húmeda y amortajarán la selva, aterida, con largas gasas de cristal y sudarios de nieve fulgurante.

Así me he imaginado al extremo sur, antes de la llegada de los blancos.

Reyes del mar y de la tierra, eran los alacalufes, los yaganes y los onas. Marineros los primeros; cazadores los últimos.

Cubiertos los onas con sus quillangos de guanaco, el arco al brazo, perseguían los rebaños de guanacos y cazaban en trampas a los coruros subterráneos. Sus vestidos y alimentos salían de ellos. Y la flecha silbadora era en el aire virgen de las estepas, tan habitual como el gorjeo huidizo del jilguero o el graznido de los voraces caiquenes o la corneta infantil de las bandurrias de torcido pico.

Pero llegó el blanco, armado de arcabuces y ballestas; más adelante de fusiles y ambiciones insaciables. Galeones y clippers, vapores y cañoneros, dueños de las corrientes y el clima, se instalaron en las costas y en las pampas para no moverse más. Y el guanaco corredor y zahareño fué sustituido por la pacífica oveja, de largos y resistentes vellones. Hoy es la reina y señora de las estepas, pero en el fondo, una víctima del hombre y la civilización. Vive y engorda para morir. Cría un prodigioso cojín de lanas ensortijadas para que el esquila-

dor se la corte en la época propicia. Inmutable y estúpida, vence al sur oeste y a la nieve y para qué?

Su vitalidad es su ruina. Echa grasa su cuerpo y lana su piel. Se empequeñece su cabecita de ojos turbios y amedrentados. El pastor y el perro la mueven dondequiera, como el viento a los dóciles rebaños de nubes de los amplios cielos australes.

El ona no entendió la sustitución. Extinguido el guanaco, miró a la oveja como un beneficio que sus dioses le otorgaban, pues no había que cazarla como al guanaco de las islas, con la astucia de la flecha o las asechanzas de las trampas.

Y el estanciero, codicioso y cruel le aplicó la ley de la propiedad que de Europa trajo a la tierra de conquista.

En el aislamiento de las estepas, en la soledad de las pampas rayadas por filas de alambres, sin fiscalización de las autoridades o quizá con su complacencia culpable, se engendró la más inhumana de las injusticias: la caza del indio.

Se aplicó al ona primitivo y simple, la misma ley que al criminal o ladrón de las sociedades avanzadas. Y pagado por el ganadero se formó el *cazador de hombres*.

Sanguinario y cínico, verdadera bestia humana, fué el inglés Sam Lslop que se vanagloriaba en los boliches de Porvenir y Tierra del Fuego de usar, en sus arreos de jinete, correas fabricadas con piel de indio, extraída, según él, de los lomos. Y esta tarea de exterminio, *de despejar el campo*, según se decía, fué premiada, además de la libra esterlina que pagaban los estancieros por las orejas, la cabeza y los órganos genitales de los onas asesinados, con la amistad de los poderosos y hasta con tierras y ovejas.

Los mismos loberos y buscadores de oro se dedicaron a cazar indios, como un negocio que acrecentaba sus ganancias. Ganar dinero a toda costa, sin detenerse en los medios: he ahí el único móvil de estos aventureros.

Por eso, cortar cabezas de onas, si representaban una

libra de ganancia, era lo mismo que apalear lobos o lavar arenas en las playas de Tierra del Fuego.

Los salesianos, para justificar las posesiones de tierras que se les hicieron en la isla Dawson, pagaban a esos cazadores de hombres una o dos libras por indio vivo.

Fueron elegidos, asimismo, maleantes escapados de las Penitenciarías de Chile y Argentina que llegaban a Magallanes, Natales o Tierra del Fuego, como un medio propicio para desarrollar sus hazañas de tahures o la insana turbiedad de sus instintos.

Se hizo célebre en Tierra del Fuego el bandido chileno «Cuatro pasos» que repite, al borde de un precipicio en Río Grande, la hazaña del huaso de Lolol, Rodríguez, en la cordillera de Curicó, según lo cuenta Pérez Rosales en los «Recuerdos del Pasado».

Pero los onas, indios fuertes y vengativos como los araucanos tomaban represalias contra sus cazadores y contra los estancieros, cortando las alambradas que limitaban el campo y su libertad y arreando piños de ovejas hacia la maraña de la selva fueguina.

En la Sierra Carmen Silva (Tierra del Fuego) hay un desfiladero llamado «Cañada del Muerto», donde alojó un grupo de indios, arreados como un piño de animales, por un chileno y un inglés. Mientras los conductores dormían, los indios desataron sus ligaduras, les dieron muerte y huyeron a la selva.

La raza ona ha desaparecido para siempre. Unos pocos, no más de cien, rescatados por los salesianos de la isla Dawson viven allí junto a los misioneros y convertidos en pastores o inquilinos cuidan los rebaños de la Congregación o cultivan las coles o lechugas de la enorme estancia, fieles al recuerdo de Mons. Faguano, a quien llamaban el Cap. Bueno.

De los yaganes quedan menos aún. Sus rápidas canoas, ágiles como toninas, con sus perros de agudo hocico, ventea-

dores de nutrias y de caiquenes, ya no cruzan los canales, encaramados en los borbotones de espuma de las olas que empuja la fuerza del sur oeste.

Han perecido sin revelar el secreto de su origen remoto. Quizá fueron los últimos representantes de la raza más vieja de América, según el Padre Gusinde, los americanos más auténticos y han muerto, aferrados a sus rocas abruptas, ante el fragor de las olas, y entre las rágafas del viento polar, con los lobos marinos, hermanos en la desgracia y condenados, también, a perecer sin remedio.